

X. CALLEJA
PRESENTA
AQUELLA MANCHA EN LA PARED
Ediciones ORÁCULO

Nadie sabe qué fue de Eduardo García-Duque Arbolí. Ni siquiera yo, que estuve con él hasta el último momento. Antes de que archivaran el caso, tuve que soportar meses de sospechas y habladurías. Las principales hipótesis se centraban en un ajuste de cuentas de la mafia, un secuestro del GRAPO, o directamente, que se había quitado de en medio por las deudas. Pero nada. Eduardo no dejó ningún rastro.

Hablar de aquella mancha en la pared y del ladrillo no habría sido de gran ayuda en la investigación. Y contarle a la policía unas aventuras con albañiles esotéricos, videntes punkies y fantasmas anarquistas no resultaba nada convincente ni conveniente. Al contrario, habría sido peor para mí.

Por eso he callado esta historia tanto tiempo. Han pasado más de veinticinco años y ya me queda poco de vida, me siento en paz conmigo mismo y ya no tengo miedo. Es momento de contar todo lo que sucedió en torno al número 15 de la calle Cardenal Zapata.

Eduardo había comprado aquella finca, en pleno centro de Cádiz, a principios de otoño de 1993. En febrero del año siguiente, la reforma del edificio daba comienzo. En cuanto llegué de un viaje a Barcelona, fuimos a echarle un vistazo.

—Si no se nos muere la vieja todavía estamos esperando para meterle mano a la obra —comentó Eduardo mientras bajábamos la calle San Francisco—. Menos mal que su hijo mongolo se ha ido a Paterna a casa de su tía.

—Hombre, yo no diría mongolo. El hombre es sordomudo.

—Mongolo, Josemari. Ese tío es mongolo. Con cuarenta años y en casa de su madre, tú me dirás. Y pagando seiscientas pesetas de alquiler por ese cuchitril. Hasta los cojones de las rentas antiguas…—protestó, apurando su Winston del águila.

—¿Tú crees que al Bizco se le pudo ir la mano con el sustito?

—Qué va. No llegué a llamarle.

—No entiendo por qué no aceptaron desde el principio el piso del Río San Pedro.

—Olvídate de eso ya. Ahora lo que hay que buscar es un comprador.

—El Telera me ha dicho que la faena puede durar hasta verano o algo más —le dije.

—Eso no me preocupa. El problema está en el tema de Dragados. Y los de Marbella, que se están poniendo nerviosos con el retraso en los pagos. Y Varalejo está teniendo trabas con los permisos del Pinar de los Franceses. Este quiere trincar, como siempre.

Llegamos a Cardenal Zapata, en la esquina con José del Toro. Aún estaban montando andamios e introduciendo herramientas y material. El edificio mostraba todavía el abandono de décadas. Los visillos raídos tras los cristales rotos y los marcos desvencijados de los cierros parecían de película de terror. Por un instante imaginé ver a la anciana que había vivido allí con su hijo sordo, asomada como un fantasma.

En el patio había tres albañiles sentados sobre unos ladrillos apilados en torno al viejo aljibe, comían bocadillos y bebían de una litrona. En el transistor se escuchaba la matraca de la Macarena mientras discutían. Nos miraron con recelo.

—Muy buenos días, señores —dijo Eduardo—. ¿Dónde está el Telera?

—En el tercero —respondió con la boca llena uno de los albañiles.

Subimos los peldaños antiguos y gastados hasta ver al contratista de pie ante unos sacos de cemento, anotando números en una libreta. A su espalda, una mancha de color burdeos en la pared desconchada nos llamó la atención. Parecía humedad, pero del tamaño de una rueda de bicicleta.

—Eah, Eduardo, ya tenemos aquí nuestro Cristo.

El Telera sonrió. El jefe no.

—Si lo dices por el Cristo del Cerro del Moro, no me hace gracia tu chiste —Dijo Eduardo, acercándose a la pared y pasando la mano por encima. Todavía se hablaba por entonces del supuesto rostro del Nazareno que apareció el verano anterior en una pared en mitad del barrio. Vino gente de todos lados, incluso la televisión, y los dueños de la vivienda, hartos, acabaron tapándolo con cemento.

—Es humedad, Eduardo —tranquilizó el Telera—. Se soluciona en un momentito.

Terminamos de revisar el edificio y bajamos, dejando entretenido al contratista con lo suyo. Antes de salir, Eduardo se dirigió a uno de los albañiles que escondía un porro en su mano.

—¿Quién es el encargado aquí? —preguntó.

—Yo —respondió el más curtido de todos.

—En cuanto podáis, hacerme el favor de quitar la mancha esa que hay en el tercero izquierda, en la pared entre el salón y la cocina —ordenó Eduardo.

***

Días más tarde, Eduardo me recibió en su despacho.

—Siéntate —me pidió mientras colgaba el teléfono de muy mala gana—. Mimí..., que Amalia le ha montado un numerito de llantos cuando le ha dicho que se tiene que ir de la casa.

—¿Amalia, tu chacha?

—El otro día estuvimos en casa del Ridruejo y su mujer no paró de restregarnos a la nueva asistenta, como ella la llama. Que si sabe inglés, que si es joven y le da vidilla a los niños... Pues ya se le ha antojado a Mimí una igual… Es verdad que Amalia ya ha cumplido los 70 y ya no se mueve igual, pero…, ya ves, la mujer lleva casi toda la vida aquí. Practicamente me crió a mí, y cuidó hasta de mi madre en sus últimos años.

—¿Y qué va hacer ahora?

—Habla con Brenes. Que le busque una paguita. No sé si querrá irse a San Fernando a casa de su hermana.

Eduardo se sacó la pitillera, me ofreció un Winston y cogió otro para él. Se recostó en la silla tapizada en cuero, se encendió el cigarro y cambió de tema.

—Ya tengo posible comprador para la finca, la de Cardenal Zapata. He quedado con él en media hora para enseñársela.

El interesado era un sevillano de pelo engominado y peinado hacia atrás, reloj de oro y gafas de sol. Examinaba cada elemento de la finca mientras Eduardo le convencía de que, una vez arreglado, el edificio podría revenderlo por el doble de su valor. Y así, llegamos al tercer piso.

Primero vi la cara de Eduardo. Luego vi la pared. La mancha burdeos seguía ahí.

—Un momentito —dijo de repente Eduardo—. Ahora mismo subo.

Pude escuchar las voces que les daba a los albañiles en el piso de abajo.

—Son buenos trabajando, pero a veces hay que achucharlos —le dije al sevillano.

Cuando regresó, Eduardo traía mala cara. Como si le hubiera subido la tensión, respirando fuerte y con una desagradable babilla blanca en la comisura de los labios.

—Poca vergüenza. Que le han dado dos capas de cemento, dicen.

—¿No son filtraciones? —comentó el comprador.

—Es simple humedad. Estamos en Cádiz. Lo que pasa es que los albañiles de ahora echan mucha arena. Como si ellos pagaran el cemento.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, aún me encontraba en la oficina terminando de ordenar unos papeles cuando el Telera irrumpió en mi despacho.

—¡José María, que a tu jefe se le ha ido la cabeza! Ha cogío una machota y la está liando.

—¿Con los albañiles?

—No, qué va, él solo. Los albañiles ya se fueron.

Llegamos en seguida. Desde abajo se escuchaban golpes. Arriba, Eduardo estaba de rodillas frente a la pared donde había estado la mancha. La corbata por fuera, la machota en el suelo. Sudando.

—Les dije a los albañiles que pintaran la puta mancha delante mía —explicó Eduardo. Que se dejaran de pamplinas. Le dieron cinco brochazos y se largaron. Y ¿sabes qué? Que la puta mancha ha vuelto a salir. Así de rápido —chasqueó los dedos—. Era un círculo, una rueda. Y dentro, varias líneas rectas. Como si se estuviera dibujando lentamente una estrella dentro, o una letra. Yo qué sé.

El Telera ayudó a Eduardo a ponerse en pie. Entonces vimos el hueco que Eduardo había abierto en la pared. Parecía una pequeña cámara oculta. Y dentro, un ladrillo tosco, sin

cementar, situado en el centro, como una ofrenda. Lo cogí. En una cara, en pintura negra, había una inscripción:

«Esperando de una hora a otra la Revolución Social para implantar el Comunismo Libertario. Brindamos con un vino a nuestra madre Anarquía, ayudando al débil honrado y castigando al rico tirano».

Por el otro lado, en tinta roja, tres nombres y una fecha: Luis Gómez, Félix García y Amado Puerta. Cádiz, 27 de noviembre de 1933.

Eduardo me quitó el ladrillo de las manos y lo lanzó sin mediar palabra a los escombros que empezaban a acumularse en el patio. Dio media vuelta y se marchó.

***

Al día siguiente, Eduardo entró despacio en la oficina sin dar los buenos días. Auxi estaba en su mesa, sellando impresos y ensobrando cartas. Yo estaba de pie a su lado, pasando páginas del Diario sin pararme a leer ninguna. Miramos al jefe.

—Vaya carita que me trae hoy, don Eduardo —comentó Auxi al verle entrar.

Eduardo se internó en su despacho y me ordenó que entrara.

Cerré la puerta tras de mí y comenzó a hablar.

—No he pegado ojo en toda la noche. No le digas nada a Mimí. Ella cree que es el colesterol y quiere que vaya otra vez a ver a Bocanegra. Y estoy hasta los cojones de que me diga que no puedo beber, ni comer gambas, que no fume...

—A lo mejor, deberías...

—Lo de la mancha en la pared es algo demoníaco, Josemari —me interrumpió, encendiéndose un cigarro.

—Venga ya, Eduardo. Eso puede ser cualquier cosa. Eso de la anarquía, el vino… Eso es cachondeo, hombre. Cosas de jipis y grifotas.

—Yo qué sé, Josemari. Pero yo no me encuentro bien —Se quedó pensativo un instante—. Y si fuera una gracia... Mira, dile al Telera que despida a los albañiles. Se van a reír de su puta madre.

Miró al techo y soltó una bocanada de humo con un gran suspiro. De pronto, se soltó el nudo de la corbata. Me pareció que sus ojos perdieron color.

—¿Y esos ruidos, Josemari? ¿Los escuchas?

—¿Qué hablas, Eduardo?

—No han parado en todo el día. Venga martillazos.

Comprendí que Eduardo no se encontraba bien.

—¿Qué tal si te vuelves a casa?

—Mimí no los oye. He intentado despertarla, pero ni puto caso.

—Eduardo, ¿qué te pasa?

—Voy a acercarme al cuarto de las niñas por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—¿Han dicho madre? —preguntó Eduardo, con la mirada totalmente ida.

—Nadie ha dicho nada —contesté totalmente seguro.

—Será la madre del mongolo.

—Voy a llamar a un médico, ¿vale? Estate ahí tranquilo.

—Me está entrando frío, Josemari.

Cuando llegó el doctor Bocanegra, Eduardo llevaba un buen rato en silencio, mirando la ventana y con breves sobresaltos, luchando para no quedarse dormido. El médico le hizo un chequeo rápido y lo mandó a casa a que reposara.

—Yo no le veo nada raro, Jose María. Puede ser estrés —me dijo—. Que se tome un Termalgín o, si quiere, un Lexatín y que descanse.

Tres días más tarde, fui a visitar a Eduardo. El salón de la casa de los García-Duque González-Byass estaba atiborrado de aparadores, vitrinas, bodegones enmarcados, fotografías de familia, jarrones, soperas de porcelana. Casi escondido entre tanto ornamento había un butacón de cuero marrón que, a su vez, envolvía a un hombre canoso, enjuto. Parecía diez años más viejo cuando en realidad solo habían pasado unos días. El batín le colgaba de los hombros, hecho un gurruño entre los pliegues laterales del butacón. Esperó a que Mimí nos dejara solos.

Palpó el paquete de Winston que había en la mesita, a su lado, pero no se atrevió a cogerlo.

—Siguen ahí, Josemari.

—¿Quiénes?

—Los martillazos, las voces, las pesadillas. Quieren matarme, Josemari. Esa gente sigue persiguiéndome con sus picos, con sus palaustres… Nunca veo escapatoria. Sólo me queda meterme en el boquete del ladrillo, donde está esa mujer, la del mongolo.

—¿Rosario?

—Esa. Rosario. Y también veo manchas por todas partes, y mira lo que me ha salido en la piel —Eduardo se remangó y me enseñó una repugnante pústula en el antebrazo, con el tamaño de un mejillón— Tengo más en las piernas y en la espalda. Me queman, joder, y por las noches me despierto gritando… A las niñas las tengo asustaítas.

Mimí apareció por el salón con una bandeja y dos tacitas de té. La cara de Eduardo, al verla entrar, se ensombreció adoptando una mueca enfermiza.

—Didi, tómate el Termalgín, que te toca ahora —ordenó su mujer con voz maternal.

—¿Ésta qué mierda es, carajo? ¡Yo quiero un café, como siempre! —le gritó.

Me quedé perplejo. Nunca había visto a Eduardo tratar así a Mimí. Ella dio dos pasos atrás, esperó unos segundos en silencio, cogió aire y le respondió firme:

—Tú estarás enfermo, pero a mí no me vuelves a hablar así. Me voy con las niñas a Vistahermosa —Se volvió hacia mí—. Tú no sabes los diítas que me está dando, Josemari.

No supe qué decir.

—Esta mujer... —protestó Eduardo—. Bueno, ahora cuéntame, ¿cómo van las cosas?

—Mal, la verdad —no quise engañarle—. Lo de Marbella no se arregla y Sergei nos ha llamado bien enfadado. También nos han multado por lo del Pinar de los Franceses. Y no te vayas a alterar, pero el abogado me ha comentado que el pleito con Dragados lo tenemos perdido. Podrían embargarte las casas.

Mientras le hablaba, perdió la vista en la colección de soldaditos de plomo que tenía sobre el buró de persiana. Dudé si seguir con el tema.

—Parece que el mal de ojo que me han echado se está extendiendo. Por lo menos, la reforma de Cardenal Zapata seguirá palante, ¿o tampoco?

—El Telera está todavía buscando una cuadrilla fiable. No creo que tarde. Espero.

Entonces, con esfuerzo, Eduardo se dobló palpando debajo del sillón y sacó un paquete envuelto en un pañuelo. Al abrirlo, ante mis ojos apareció el ladrillo. No me lo esperaba.

—¿Ves, Josemari? Esto lo tiré a los escombros. Tú lo viste. Y ahora está aquí. Hace tres noches apareció en el cajón de mi mesilla. Llegó solo. ¡Solo!

Traté de pensar en alguna explicación racional, pero no la encontré. Lo que vi fue una luz tenebrosa en la mirada de Eduardo.

—¿No lo entiendes?

No, no lo entendía.

—Si alguien ha entrado en tu casa, habrá que llamar a la policía —dije sin mucha convicción.

Permanecimos un largo minuto en silencio. Entonces, se levantó a coger el mando a distancia de su flamante Sanyo. Se sentó con la lentitud de un anciano y encendió el televisor. Fui a decir algo, pero con un manotazo en el aire, me obligó a guardar silencio.

Toqueteaba los botones del mando, buscando algo en el Teletexto. Marcó el 664, si mal no recuerdo. Una página de contactos. Adivino. Santera. Tarotista. Futurólogo.

—Travelos, yonkis, maricones —murmuraba Eduardo mientras leía en la pantalla.

Terminó la página entera y pasó a la siguiente. Vidente. Médium. Otro adivino. Volvió a pasar de página. Y encontró lo que buscaba. Dejó el mando en la mesilla y dijo:

—Lee.

—Clarividente Kardecia en San Fernando, Cádiz. Para momentos intranquilos, situaciones incómodas… Videncia sensitiva, tarot, péndulo, palangana y más. Contáctame.

Miré de reojo a Eduardo.

—Para eso, llama al padre Ramón —ironicé.

—El padre Ramón se ha llevado dos semanas ingresado en Zamacola y murió anoche. Me lo ha dicho Mimí esta mañana. Una cosa fulminante.

—Joder.

—Llámala —ordenó Eduardo con una voz envejecida, señalando el anuncio del Teletexto.

En mi vida pensé que acabaría haciendo algo así para resolver un problema de mi jefe. Me habría gustado desobedecerle, insistirle para que fuera al psiquiatra o pedirle que se fuera de vacaciones a Mallorca. Sin embargo, la llamé en cuanto llegué a casa. Había que salir de aquello cuanto antes.

La conversación telefónica me pareció más un teatro que una cosa seria.

—Señora Kardecia…

La mujer soltó una carcajada a través del auricular.

—Me llamo Julia Rosas. Kardecia es mi nombre… artístico. Viene de Kardec. Alan Kardec. ¿Sabe quién era?

—No. La verdad...

—Kardec... pues el padre del espiritismo moderno. Un personaje del siglo pasado... Pero bueno, cuénteme. Que me pongo a charlar y no paro.

Le expliqué la evolución de Eduardo desde el día que vio la mancha. Le hablé de cómo su vida se desmoronaba, de cómo en pocas semanas podría perderlo todo, de sus ataques de ira, la fiebre, las pesadillas, las voces, incluso le hablé de Amalia y Mimí... Cuando llegué al tema del ladrillo y le hablé de su inscripción me interrumpió. Su voz sonó seria por primera vez:

—¿Qué ponía en el ladrillo exactamente?

Las recordaba perfectamente. Las recité.

—La sesión será, en principio, veinticinco mil —informó Kardecia para ir terminando—. Si es que todo va bien... Pero si la cosa se tuerce y me cuesta más de la cuenta, sumamos diez mil pesetas por cada media hora de más que echemos allí.

Acepté sin regatear.

—Este martes —zanjó—, a las once y media de la noche, en la finca esa. Cuando no haya nadie.

Entretanto, el trabajo en la oficina se me hacía cuesta arriba. Denuncias y amenazas de los de Marbella, fiasco en la operación de Sotogrande, desastre en la empresa que suministraba el cemento al Telera. Para colmo, a su amigo Cifuentes le había dado un derrame y lo habían ingresado, el sevillano que quiso comprar la finca se había matado en un accidente en la autopista y el Bizco había sido detenido. Todo lo que oliera a Eduardo García-Duque acababa mal. Realmente, estábamos muy cerca de la quiebra.

Llegó el martes, 1 de marzo, y fui a buscar a Eduardo en su casa, en la calle Zaragoza. Serían las ocho de la tarde cuando pulsé el telefonillo del primer piso y me quedé esperando. Tardó como cinco minutos en abrir.

Al abrirse la casapuerta apareció una caricatura expresionista de lo que había sido Eduardo García-Duque Arbolí. Encorvado, despeinado, mal afeitado y sin asear, cuando el aseo personal había sido una liturgia irrenunciable para él desde niño. Su voz se había hundido hacia lo más profundo de su garganta. Quiso sonreír a modo de saludo, pero en su lugar

apareció una especie de mueca vacía, como quien ha perdido el contacto con lo humano. Su imagen me recordó a la de un drogadicto de los que andaban moribundos al otro lado de la vía del tren.

—Tienes mala cara —Le vi un corte fresco en la ceja y se lo señalé.

—Esta mañana me reventó en las manos un vaso de agua. Una esquirla me dio aquí —se señaló la herida—. Pero no es nada. Lo peor son los ruidos de obra. Suenan a todas horas, con su puta madre.

Pasé al salón y me encontré con todos los libros y las figuritas de plomo desparramados por el suelo. El Sorolla estaba rajado, a mala leche. El diploma del colegio de agentes de la propiedad estaba hecho una bola sobre el butacón.

—Esta madrugada me despertó un susurro —empezó Eduardo, antes de que yo pudiera preguntarle por lo ocurrido—. Un aliento cálido, aquí, en el cogote. Pensé que era el mi mujer. Pero abrí los ojos y ahí no había nadie.

—Mimí y las niñas siguen en Vistahermosa, ¿no?

—Entonces oí un estruendo en el salón —prosiguió sin escucharme—. Me puse las babuchas y fui hacia allí. Estaba sofocado, con una punzada en el pecho y, de pronto, más ruido de libros y cosas cayendo al suelo.

De pronto, Eduardo enmudeció y miró hacia el techo.

—¿Oyes los pasos ahí arriba? —Traté de oírlos, sin éxito—. Se llevan todo el día dando golpes. Y con la radio encendida… Ahora tienen puesto el himno ese rojo, el de las barricadas... —canturreó—: A las barricadas, a las barricadas…

—Vámonos, Eduardo —le apremié—. ¿Has cogido el ladrillo?

Entre ataques de tos, y a paso de enfermo conseguimos llegar a la plaza de San Agustín a las once y media en punto. Eduardo se encendió un cigarro de los suyos, sin sello español.

—¿Y cómo van los negocios?

—Bien —contesté.

A los diez minutos, apareció una mujer de unos cuarenta años de edad, de pelo naranja, corto y de punta, las orejas troqueladas con aros de diferentes tamaños y con una chaqueta de cuero.

—Sabía que serían ustedes —dijo.

Eduardo me echó una mirada inquisitiva y yo me encogí de hombros.

—¿Qué hago? La elegiste tú… —le recordé.

La vidente Kardecia cargaba con un trípode, como el de las cámaras de fotos antiguas, una riñonera negra y un bolso grande y hortera colgado en bandolera. No paró de hablarnos del tráfico desde San Fernando y del aparcamiento en Cádiz hasta que llegamos a la finca.

—Esto parece un programa de Jiménez del Oso —solté mientras abría el portón.

Una vez arriba, ya en la tercera planta, encendí una lámpara de camping que había dejado allí esa misma mañana por indicación de Kardecia. La mujer también sacó de su bolso una linterna de obra y la colocó a sus pies. Le pidió el ladrillo a Eduardo y leyó la inscripción. Suspiró, tratando recordar algo. Tras ella, a pocos pasos se encontraba el boquete de la pared, al que aún no le habían metido mano los nuevos albañiles. Parecía un agujero negro insondable entre la penumbra y la amarillenta luz del camping gas a medio fuego. De pronto, la mujer metió el brazo y se puso a escarbar ahí dentro con la mano.

Removió varios cascotes y sacó varios papeles sueltos y un cuadernillo lleno de polvo. Lo sacudió y nos lo mostró. En su portada decía Criterio Anarcoespírita de Cádiz.

—Ya sabía yo que tenía que haber más cosas. Normalmente, los albañiles espiritistas de aquella época solían dejar material ocultista junto al tótem.

—Qué tótem —pregunté.

—El ladrillo. Ese ladrillo.

Kardecia extrajo de su bolso una antigua palangana de latón, como las que se solían usar antiguamente para meter los pies en agua y sal, y la colocó sobre el trípode. Entretanto, Eduardo, cuando no tosía, guardaba silencio, impaciente.

La mujer puso en su interior el ladrillo. De su riñonera sacó tres pequeñas piedras, o quizás fueran huesos. Las depositó también en la palangana. Hurgó una vez más en la riñonera y sacó una bolsita con hierbas secas que esparció sobre todo lo demás. Por último, extrajo unas fotografías antiguas.

—Mis bisabuelos —explicó, mostrándonos los retratos— fundaron la Sociedad Espírita Gaditana, ¿sabe? En el 1850 o por ahí. Ahora están muertos, claro, pero les gusta verme trabajar.

Kardecia perfiló media sonrisa. Cogió otra fotografía:

—Y mi abuela, ésta de aquí, estuvo en el círculo espiritista La Buena Vida, en Barcelona. ¿Sabe lo que era eso?

—No, señora Kardecia.

Ahora, Eduardo temblaba y sudaba. La mujer se acuclilló para quitar potencia a la linterna de obra que había en el suelo y apagó la lámpara de gas. Nuestras sombras se proyectaban alargadas sobre techos y paredes.

—Quien no esté preparado o quien sienta miedo o quien no crea en esto, que salga de la habitación, por favor —pronunció Kardecia a modo de protocolo inicial, con las manos posadas en la palangana.

Nadie se movió, aunque Eduardo parecía luchar contra sí mismo para no perder el equilibrio. Yo estaba más atento a mi jefe que al ritual.

Kardecia comenzó a recitar unos salmos extraños. Eran frases largas que hablaban de las almas, de justicia, de poderes universales, de llaves astrológicas. Cuando terminó, nos pidió que pusiéramos las manos sobre la palangana. Exhaló profundamente. El trípode crujió. La palangana empezó a vibrar. Los labios de la mujer comenzaron a moverse con rapidez, como de forma involuntaria. Y habló. Pero no era su voz. De su garganta surgió una voz engolada, como de locutor de radio de los años treinta.

—Los tiempos designados por la providencia para una manifestación universal se acercan. Abrazamos la llegada de nuestra madre, el corazón de la anarquía, a quien invocamos. Su misión es instruir e ilustrar al género humano, abriendo una nueva era. Invocamos a

nuestra madre, el corazón de la anarquía y abrazamos su llegada —a partir de aquí, su tono de voz cambió de nuevo, más grave, y el ritmo se hizo más pausado—. Quien oprime y abusa de otros seres habrá de ser, a su vez, oprimido y abusado.

Cuando terminó su discurso, la palangana dejó de temblar. Los tres sentimos un remolino de aire frío que cruzó la habitación. Los ojos de la médium se posaron sobre Eduardo.

—¿Qué quieren de mí?, ¿qué he hecho? —preguntó de pronto Eduardo, alterado.

—Buscamos justicia —contestó la mujer con el susurro de la voz de un hombre—. Has abierto la puerta y ahora entramos nosotros.

—¿Y qué tengo que hacer para que me dejen tranquilo?

—¡Escúchanos! —gritó Kardecia.

Eduardo se soltó de la palangana, dio un torpe paso atrás y comenzó a emitir extraños gruñidos. Asustado, pregunté a la médium qué pasaba. No me respondió. Ella seguía en trance. Me volví de nuevo hacia Eduardo. Una costra blancuzca se le había formado en torno a los labios y comenzó a dar arcadas. Kardecia murmuraba algo que me pareció otro idioma.

De pronto, Eduardo dio un grito atroz y acabó vomitando un esputo negro repugnante. Y sin poder articular palabra, con los ojos vueltos, se fue desplomando en el suelo a cámara lenta. Fui a socorrerlo. Respiraba y su corazón latía. No era un infarto, pero estaba inconsciente. Kardecia volvió en sí y se acercó a Eduardo para comprobar la situación.

—En un ratito se le pasará —dijo.

—Llama a una ambulancia —ordené.

—No deberíamos dejar esto a medias…

—Que llames ya a una…

La mujer me dio un manotazo en el hombro.

—Vamos a ver, José María, su jefe quiere que arreglemos esto y aquí hay unos poderes muy fuertes. Y activos. Sabe lo que le digo, ¿no? Imagínese, ellos esperando la inminente venida de la Madre Anarquía y van y se encuentran en 1994 con este señor, un asustaviejas.

—No me interesan los espíritus. Lo que necesitamos es un médico, pero ya —insistí, arrodillándome junto él para intentar reanimarlo.

—Espera —me tuteó, aprovechando para coger otra bolsita de su riñonera—. Te voy a contar una cosa: Mi abuela, la de Barcelona, además de espiritista era de la CNT y venía a Jerez con la Soledad Gustavo y la Belén de Sárraga a los mítines de apoyo a los presos. Ni idea, ¿verdad? Da igual. Pues podría ser que en una de esas reuniones, conociera a los albañiles que firmaron eso en el 33 —dijo, señalando el ladrillo.

No respondí. Coloqué mi chaqueta doblada bajo la nuca de Eduardo y le desabroché el cuello de la camisa.

—Qué curioso que sea yo quien esté aquí para contactar con estos tres espíritus —la vidente vertió los polvos que había en la bolsita sobre la palangana— La de vueltas que da la vida, ¿eh, abuela?

Su risa me soliviantó:

—¡Quédate aquí, que voy a buscar un teléfono! —grité decidido y me levanté de prisa.

Kardecia, antes de que pudiera salir de la estancia, encendió una cerilla y la dejó caer en la palangana.

Un vapor espeso con olor a primavera se alzó y lo inundó todo. Un denso sopor me sobrecogió al instante. No pude huir. Sentí que todo se diluía alrededor. La voz de Kardecia se oía lejana, entonando un hipnótico cántico. Giré la cabeza y al mirar hacia el lugar donde se había desplomado Eduardo ya no había nadie. El cuerpo no estaba. Caí de rodillas al suelo y a gatas busqué una pared donde apoyar la espalda. Me resultaba cada vez más complicado moverme o mantener erguida la cabeza. Los párpados me pesaban, y entonces en ese lento parpadeo, lo vi, o creo que lo vi, o tal vez fue un sueño o una ilusión… Eduardo estaba de pie, pero no el Eduardo perdido y titubeante de los últimos días, sino el Eduardo fuerte y seguro de siempre. Juraría que sonreía. Una luz roja y cálida le rodeaba. O salía de él. El nuevo Eduardo se dirigía hacia el boquete donde estuvo la

mancha. Y de su interior apareció la vieja Rosario, la del hijo sordo, que con una mirada amable y los brazos extendidos le esperaba, le acogía… y entonces, ya sí que perdí el sentido.

Cuando volví a abrir los ojos estaba amaneciendo. La campana de una iglesia cercana repicaba dando la hora. Eduardo, Kardecia y todo su chiringuito se habían evaporado. No había quedado huella alguna de la sesión espiritista.

***

Mimí pudo vender la casa de Cádiz antes de que llegara la orden de embargo. Con el dinero de la venta, liquidó la deuda, se ahorró un juicio y se mudó con sus hijas definitivamente a Vistahermosa. La oficina García-Duque Arbolí S.L. cerró sus puertas. Me despedí de Auxi, que se quedó bien colocada en una inmobiliaria de la calle Ancha. Y ya cuando la policía dejó de atosigarme, convencida de que yo no podría ayudarles a localizar a Eduardo, me puse a recoger las migajas que quedaron de la empresa para permitirme sobrevivir.

Intenté desprenderme de la imagen de aquellos episodios, sin éxito. Y soñaba a menudo con el maldito ladrillo, que lo hacía añicos con un martillo, que lo metía en un horno de Astilleros, pero de una u otra manera siempre volvía a mí. Me atormentaba.

Un año más tarde, Kardecia apareció en mi puerta y me saludó seria. El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? —le pregunté entre asustado y enfadado.

De su bolso sacó un ladrillo plano y me lo mostró sin más preámbulos. Sin duda, era el mismo, con sus letras grabadas en pintura negra y la firma de los tres albañiles en rojo.

—José María, ya sé lo que hay que hacer con esto —dijo.

—¿A dónde te llevaste a Eduardo?

—Espera, ¿te acuerdas del cuadernillo que saqué del boquete aquella noche?

—Fuera de aquí, o llamo a la policía. Largo.

—Necesito que me lleve a una obra. A un edificio en obras… Tenemos que plantarlo de nuevo.

—Sí, claro, ahora eso es una semilla.

—Pues sí que lo es.

No podría explicar por qué accedí a lo que me pedía aquella bruja. Quizás imaginé que así conseguiríamos dar con Eduardo, vivo y recuperado. Quizás, pero no lo sé, en realidad. En cualquier caso, hice varias llamadas y localicé al Telera en seguida. Y a los dos días, Kardecia y yo nos veíamos de nuevo en una obra. Esta vez, en un edificio imponente, un antiguo hospicio, cuya restauración gestionaba el viejo contratista. A plena luz del día. Sin linternas, sin lámparas.

El Telera pudo pensar que Kardecia era una futura compradora o una inspectora municipal, o lo que fuera, pero confiaba en mí y no preguntó nada. Simplemente, nos dejó entrar.

Ya de regreso, la médium me insistió para ir a un bar cercano. Quería despedirse de mí. A pesar de mis reticencias, acepté. En cierta manera, me lo tomé como si quisiera pedirme disculpas o darme las gracias por no haberla arrojado a los pies de la policía. Pedimos dos vinos y me hizo brindar.

—Por un futuro por construir —me sonrió con la copa en alto—. Por la revolución social. Por una nueva era.

—Tus castas.

Desde aquel día duermo tranquilo. Sin sentimientos de culpa. Sin remordimientos. Y a día de hoy, cuando la vista me empieza a fallar y apenas puedo caminar, sigo soñando con un mundo en obras. Eduardo García-Duque Arbolí había desaparecido, pero aún quedan muchos Eduardos y más que aparecerán. Por eso, cada vez que leo una noticia sobre un proyecto urbanístico que fracasa, una sonrisa me ilumina la cara.